

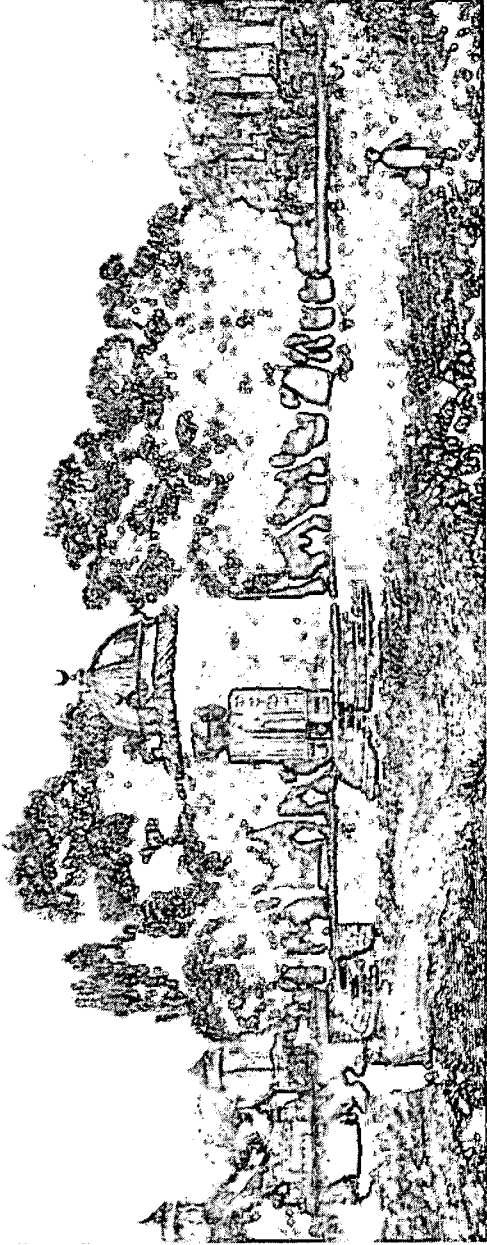
ESTAMBUL VISTA POR UN VIAJERO PERUANO EN 1862

Prof. Dr. Ertuğrul ÖNALP()*

Pedro Paz Soldán (1839-1895), el célebre poeta, escritor y diplomático peruano permaneció, en su juventud, en Europa, entre los años 1859 y 1863, estudiando filología e historia natural en la Sorbona y en El Colegio de Francia. Durante su estancia en este continente su temperamento romántico le impulsó a realizar un viaje hacia algunos países de Oriente Cercano, entre los cuales figura también Turquía, permaneciendo en Estambul veinte días. Durante esta visita, Soldán recorrió todos los lugares importantes de esta ciudad y tomó apuntes diariamente en un cuaderno, y estos apuntes, al volver a su país, salieron en varios periódicos en episodios bajo el título de "Las memorias de un viajero peruano". Pasado casi un siglo, estas observaciones de su viaje se imprimieron por primera vez en 1971, en un libro con el mismo nombre por Estuardo Nuñez.

Soldán, en su recorrido por el Oriente hizo su primera escala de algunas semanas en la isla de Malta, y luego llegó en un barco a Alejandría de Egipto. Tras visitar este país, embarcó en un barco de vapor e hizo escala en Beirut, desde donde siguió hasta Damasco por tierra. Después de ver esta ciudad volvió a Beirut para embarcarse de nuevo y seguir rumbo a Estambul. Las escalas siguientes son las islas de Chipre y Rodas. Sólo vio desde lejos las islas de Cos, Samos y Patmos. Su barco se detuvo en Esmirna para visitar la ciudadela y seguir a las islas de Lesbos y Tenedos. A

(*) Catedrático del Departamento Español en la Universidad de Ankara.



Vista del Bósforo

Estambul llegó el 28 de abril de 1862. Esta ciudad le produjo una emoción profunda, por su rica arquitectura, sus costumbres y su aire exótico. Soldán, durante su estancia en Estambul hasta el 14 de mayo, describió todo lo que le llamó la atención con un lenguaje poético en el que no falta el sentido del humor. Aunque el joven poeta estuvo en Estambul muy poco tiempo, nada escapó de su vista, pues nos dejó unas informaciones minuciosas sobre casi todos los barrios de esta ciudad fascinante. A pesar de su espíritu romántico y su afición a la civilización griega, sus observaciones son generalmente objetivas. Al describir un lugar o una tradición, a veces se dedica a hacer una comparación con los de su país criticando o subrayando algo de Perú que no apruebe. Sus notas, como reflejan la vida de Estambul en aquella época, pueden considerarse como una fuente importante de primera mano, por lo cual publicamos a continuación algunas partes de su libro.

Las primeras impresiones

Al arribar su barco a Estambul en la mañana del 28 de abril de 1862, Soldán, con el fin de presenciar la majestuosa vista de la ciudad, muy de madrugada salta de la cama y sale a cubierta para describirnos lo siguiente: "Lo primero que se ofreció a mi vista al subir a cubierta no correspondió a mis esperanzas pues se reducía a una multitud de casas apiñadas sobre unas lomas al borde del mar y entre las que descollaban innumerables minaretes y cipreses igualmente esbeltos como en Esmirna. Pero a medida que avanzábamos y que el sol iba rasgando la ligera niebla que envolvía la población el panorama fue ganando a mis ojos y haciéndose digno de las pomposas descripciones que había leído.

"El conjunto pintoresco se desarrollaba inundado de luz y de sombras. Nos hallábamos aún en el mar de Marmara, y a nuestra derecha se destacaban las islas de los Príncipes, y las de ellas en el continente asiático, las nevadas cimas del Olimpo que cobijan a Brusa, célebre por sus baños termales y por sus sedas. Al frente el Bósforo, angosto, con sus orillas cubiertas de verdura y de poblaciones, en tanto que a la izquierda comenzaba ya a dibujarse

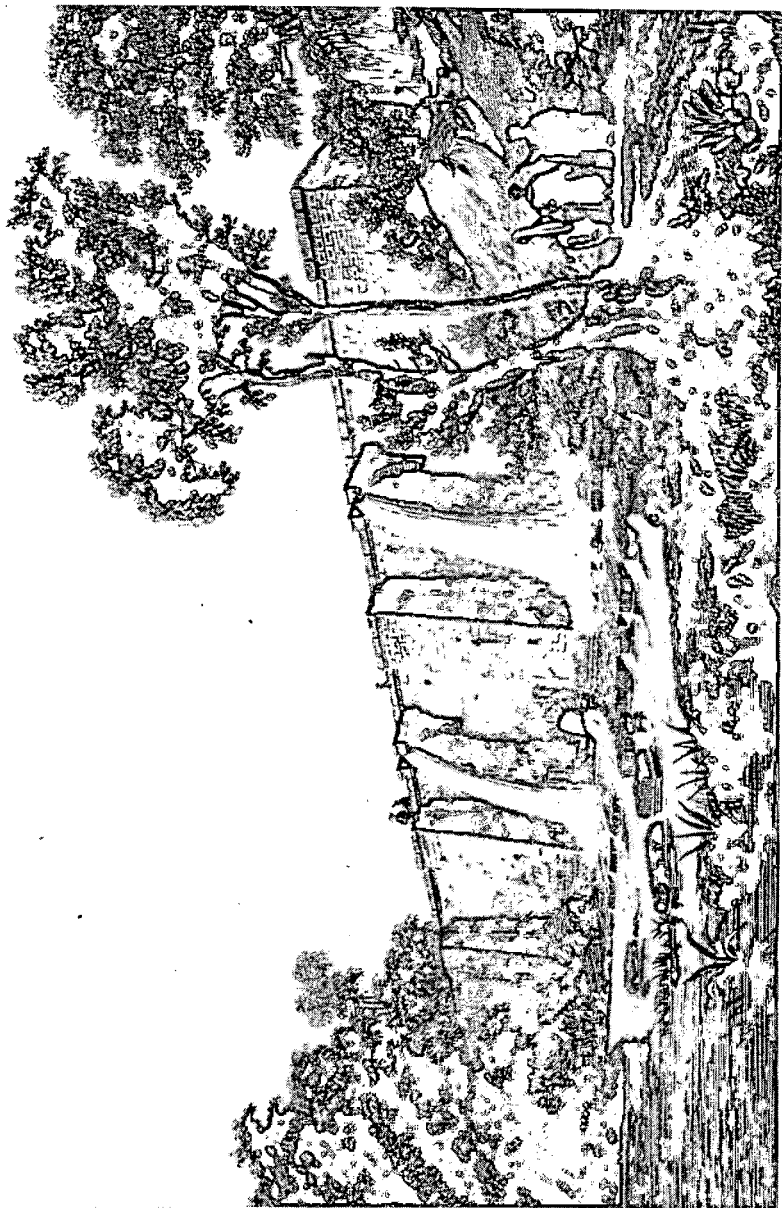
el Cuerno de Oro (krisokéras en griego) llamado así desde lo antiguo por la feracidad de sus orillas y a cuya entrada debimos fondear.

"Pasamos delante de la punta del Serrallo sobre la cual se eleva la mezquita de Santa Sofía (Aguia Sofia en griego) la principal de Estambul, y cercana a ella la del Sultán Akmed, viendo al frente a lo lejos sobre el Bósforo el palacio del sultán que como todos los edificios orientales cuando son elegantes, parece de papel calado o bien una de aquellas casitas de marfil que vienen de la China."

Los dragomanos (Los guías - intérpretes)

Al anclar su barco en el puerto le rodean numerosos botes y un grupo de intérpretes empiezan a subir a bordo trepando por uno de sus costados igual que los corsarios. Y nos cuenta Soldán cómo el primer guía se abalanza sobre él plantándole a las narices las tarjetas de los hoteles para los cuales trabajan: "De repente vi a un individuo que no pudiendo soportar lo que tardaban en establecer la comunicación entre los de a bordo y los de tierra, se lanzaba a guisa de corsario intrépido en momentos de abordaje por uno de los costados del barco desplegando gran habilidad en la maroma. Antes de verle la cara adiviné a mi hombre que por su parte también me había adivinado. El viajero y el dragoman se presienten y se reconocen instantáneamente! Así pues, mi hombre, abriéndose paso por entre una multitud prosaica y sin interés para él, de meros pasajeros de pacotilla, se abalanzó sobre mí y me plantó en las narices una tarjeta en que leí, previo un paso atrás. Hotel de Byzance. Era el dragoman anexo a dicho hotel, que más afortunado que su compinche el del Hotel d' Europe, conseguía abordarme el primero y por el frente, mientras que aquel pobre diablo y los demás de la misma calaña que en ese momento parecían brotar de la cubierta, se resignaban a atacarme por los flancos.

"Yo que desde el Cairo traía apuntado el Hotel de Byzance, acepté luego, sin que los agentes de los otros hoteles aflojaran por esto en sus pretensiones. Al mismo tiempo había cundido no sé



La selva de Belgrado

cómo entre la chusma dragomana la voz de que yo era español; porque en mis viajes, en Oriente sobre todo, jamás pude hacer comprender que peruano y español eran dos cosas distintas.

"!y no les faltaba razón, porque indudablemente un hombre no es sino de donde habla y de donde como se llama! por lo que produce un efecto tan chocante la moderna denominación de latinos, que una pretendida ciencia quiere aplicar afectadamente a los pueblos que hablan idiomas neolatinos.

Una multitud de dragomanos sueltos, de aquellos francos guerrilleros que no se han amparado al pabellón de ningún hotel, hormigueaban en torno mío presentándome tarjetas y certificados de personajes españoles. Poco después un individuo más grave en quien se veía ya el sello oficial me invitaba a conducirme a la cancillería española. De mil amores me habría echado en sus brazos porque; es tan grato al llegar a uno de esos países levantinos solo y sin ninguna rocomendación, hallarse de manos a boca con la formidable protección de un cónsul!..."

La inspección aduanera

Nuestro joven viajero al poner el pie en tierra pasa por la aduana en donde nos cuenta lo que le pasa: "Fuimos a tierra y los aduaneros registraron mi equipaje de la manera que acostumbran; esto es trasteando y revolviendo neciamente, por ejemplo, libros que no entendían ni por el forro porque no estaban en turco, y que sin embargo, examinaban como los más sospechoso que caía entre sus manos. Mientras tanto dejaban pasar con aire atontado los abanicos de sándalo, los pañuelitos de China, sin estrenar y otros mil dijes y curiosidades que traía yo del Cairo, Suez y Damasco.

"Como habían procedido con impertinente minuciosidad no quise darles el bagshish debido (propina) que en Oriente se da en todo y por todo, como el pourboire de los franceses. Esto me costó muy caro, pues probablemente mis individuos resueltos a vengarse de la irrisión que hacía de ellos dejándolos sin bagshish de ordenanza, dieron soplo al puesto vecino, en el cual no teniendo ya

derecho para abrir mi equipaje se lanzaron con aire famélico y resuelto sobre tres lujosos shibuks (pipas de fumar) compradas en Damasco y que los otros habían dejado pasar libres en su automático registro.

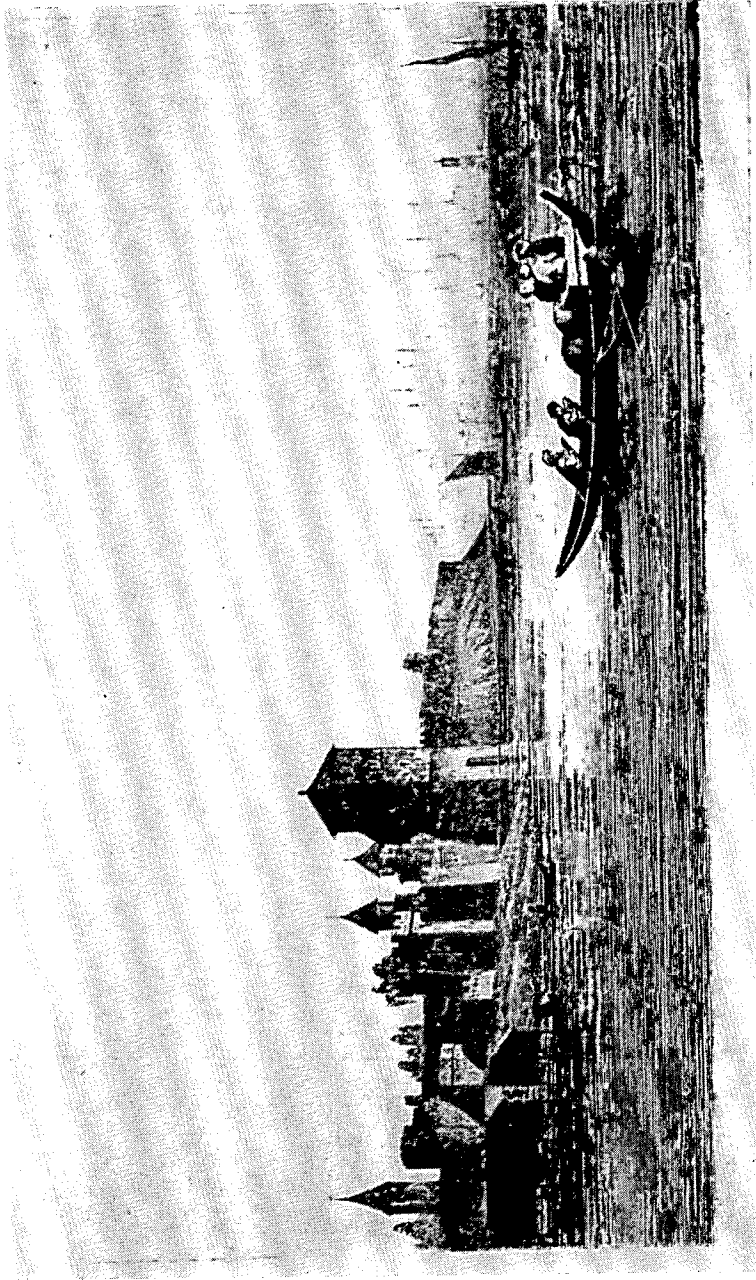
"Varias visitas tuve que hacer a la aduana durante el día para que se me devolvieran; lo que al fin conseguí mediante dos francos de derechos que me hizo pagar el administrador, que como los subalternos, era de una impolítica sorprendente."

Pera

Soldán nos describe el barrio de Pera donde está su hotel: "En Pera, que es la designación del barrio a arrabal de los europeos, se está como en Europa; pero en una Europa muy fea. El piso es detestable; lo que se hace muy sensible por estar todas las calles en declive con frecuencia rapidísimos. En la calle principal (Grande rue) hay una especie de acera tímida, que a cada paso se para o interrumpe y deja al desconsolado transeúnte en el mismo plano de los animales y carros que atraviesan la angosta calle prontos a llevárselo de encuentro si se distrae. Están pavimentadas de un canto al otro con losas análogas al antiguo enlosado de Lima, lo que basta para hacer comprender cuál resbaladizas serán.

"Antes del amanecer después de mi primera noche en la capital de los turcos, me despertó un ruido o mejor unos golpecitos extraños que oía en la calle bajo mis ventanas y que parecían barretazos periódicos; o bien un bastón grueso y de madera dura suspendido de una cuerda y que imitando el movimiento de un barreno a vapor, subiera y bajara, tocando las losas al hacer esto último y produciendo un sonido vibrante y altamente melancólico.

"Como estos golpecitos, eran de lo más extraño e inexplicable que se puede imaginar y yo no conocía aún el suelo que pisaba ni tenía cónsul, todas las viejas ideas de la niñez se revolviéron en mi mente; creí que estaban penando como se dice en dialecto vulgar o infantil que a lo mismo sale, y me agazapé bajo los cobertores... casi casi con miedo. Es de advertir que en tan largo y solitario viaje



Castillo de las siete torres

nunca llevé conmigo un arma, ni de fuego, ni blanca; a no ser las de Odysseus el cálido personaje que yo había tomado por tipo, como el sabio más práctico de la antigüedad (Ulises).

"Al día siguiente al volver por la noche tarde del teatro, porque Pera tiene su teatrillo, oigo súbito el mismo ruido y precisamente al aproximarse al Hotel, lo que me hace comprender que lo de la víspera no fueron penas, y naturalmente acorté el paso y avancé con cautela. No tardé en encontrarme al frente de un turco grave, obeso, de esos tipos que sorben rapé y usan pañuelo de cuadros (folard) y que parecía pasar su tiempo golpeando el suelo pausadamente con un grueso bastón; para lo cual lo dejaba caer desde cierta altura deslizándolo por entre la mano ahuecada a manera de tubo.

"Era... el sereno del barrio, y los vibrantes golpecitos en el pedernal de la acera eran su pito. En cuanto a su gravedad nacía de su obesidad turca; de la obesidad, que es una de las más graves cuestiones de estado que pueden preocupar a un hombre. El bastón suplía al pito desgarrador de los celadores de Lima y al vozarrón descomunal y estentoreo de los serenitos de Valencia y otras ciudades de España, que tanto aburren a los durmientes."

El Palacio de Topkapı

"Para visitar todas aquellas curiosidades que requerían un firmán o pase especial del Sultán, que no se puede estar solicitando a toda hora, nos reunimos hasta diez y seis viajeros reclutados entre los demás hoteles y salimos precedidos de un porta-firmán. Nos embarcamos y fuimos a desembarcar en la punta del Serrallo, entrando desde luego en el jardín del antiguo serrallo, esto es, del antiguo Palacio a cuya extremidad se nos abre una puerta que nos conduce al jardín propiamente dicho, pues el anterior no es sino un gran patio plantado de largos cipreses.

"El jardín es hermosísimo, aunque sin un gran color local. Llegamos al primer kiosko, descalzámonos previamente a pesar de que el piso no estaba cubierto sino de una pobre estera o petate. El

respeto que entre nosotros reside en la cabeza, entre los orientales está en los pies; y hay que descalzarse tantas veces cuantas en Europa descubrirse. Nos asomamos a las ventanas de una especie de rotonda y dominamos el mar de Mármara con todas sus bellezas adyacentes.

"Al salir pasamos por delante de una columna aislada de mármol muy antigua, y entramos en otro gran patio donde termina la vegetación. Después de visitar la biblioteca fuimos a otra pieza separada, la Sala de trono, donde vimos un trono que más bien parecía el tálamo de un matrimonio real; por lo que uno de nuestros compañeros viendo contigua la abrigadora chimenea, se apresuró a decir con aire ingenuo: 'No era tonto, tenía su cama junto al fuego.'

"Al frente del regio dosel hay una ventana ante la cual se colocaban los que venían a hacer alguna petición a su Alteza; y para que no le pudieran ver la cara por ser persona divina, y él si a ellos, estaba cubierta de una grancha de zinc llena de agujeritos cuasiporos, como las que se ponen en las ventanas de reja de Lima, para poder ver sin ser vistos.

"Los pilares que sostienen el dosel de ese gran trono, que como ya he dicho parece ni más ni menos uno de aquellos tálamos suntuosos que encontramos en Europa en nuestras visitas a los palacios deshabitados, están incrustados de pedrería, fina según mi dragomán (cicerone) y falsa según los viajeros que me acompañaban; aunque de las turquesas podíase asegurar que eran verdaderas, porque son tan abundantes en Oriente, particularmente en Siria, que los naturales ofrecen en taleguitas, y con ellas se podrían haber incrustado los cuatro pilares del trono.

"Pasamos a un jardincito, y dejando a nuestra izquierda un estanque con sus peces entramos a otro kiosko o cenador, mucho más lindo y elegante que los anteriores; aunque por desgracia lo primero que se ofrece a la vista es cierto retrete en cuya puerta suelen estampar los ingleses una W.C. y los franceses un número 100.



Sala de peticiones

"Los europeos empresarios de obras en Oriente como los que suelen ir a América, abusan a su gusto de la ignorancia local, no sólo en la estipulación de precios sino en la distribución de partes. Los gobiernos se entregan a ciegas para cualquiera obra pública al especialista extranjero, único que posee el secreto del arte, y que para mayor desventura no suele rayar muy alto ni como competencia ni como escrúpulo.

"Vimos una alacena cuyas puertas estaban incrustadas de pedacitos de concha de perla o nácar formando dibujos caprichosos. Estos enconchados son muy comunes en Estambul, y en ninguna parte como en Damasco en donde se malgastan hasta los objetos más vulgares como son los zuecos o chanclos, que en Lima apenas se conocerán de nombre y que en Damasco son como unas zanquitos, pues tienen mucha más altura de la que conviene a un chanclo ordinario o sabol, que no es otra cosa que un calzado de madera.

"Lo usan mucho las mujeres, quienes no hacen más que ensartarlos con la punta del pie sobre el calzado o sobre la media, y no pocas veces sobre el pie desnudo. Estos chanclos tienen la ventaja de sobreponerlas a los charcos del lavadero y al barrizal de las calles. Son de una madera oscura como ébano y sobre la cual resaltan con más lujo las labores de concha de perla. Cuestan muy barato; y a pesar de esto y del servil objeto a que están destinados, son tan bonitos y pulidos, de forma tan elegante, y tienen tal aspecto de magnificencia cuando desde lejos se les ve acumulados en montones en el Bazar de los ebanistas, que el viajero se siente inclinado a comprarlos como una curiosidad. Por tal tomarán también los visitantes turcos del kiosko de Bizancio el europeo W.C. que allí se ostenta tan inoportunamente para un extranjero.

"Del kiosko de Bizancio pasamos a la Armería donde se ven unos fusiles que deberían llamarse cañones de a cuatro por su macidez y peso insólito. Mis compañeros comenzaron luego a pulsar viendo quién los alzaba con una mano, quien con dos, quién los sostenía más tiempo en el aire; y de común acuerdo

convenimos en que con semejantes fusiles era difícil tirar de otro modo que a mampuesta. Atravesando una gran puerta, nos hallamos en una plaza interior más bien que patio, plantada de cipreses como la que dejamos atrás, y viendo a mi derecha una cosa parecida a un locutorio, pregunté a mi guía qué era aquello y me contestó que allí estaba el harem, donde se encontraban las sultanas viudas."

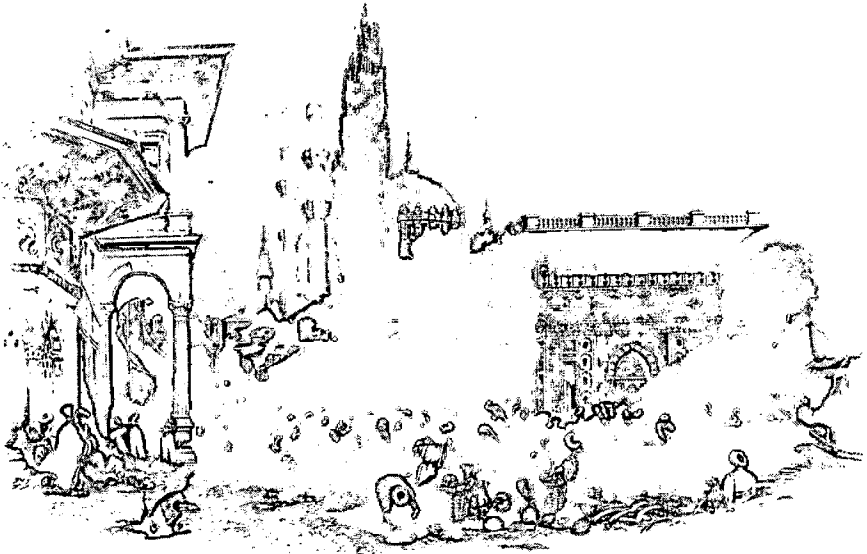
Hipódromo

"Por otra puerta fronteriza salimos al At Meidan o Hipódromo, en donde se ven, a la derecha, el edificio de la Moneda, y a un lado una especie de jardincito enrejado, que no contiene más curiosidad que unas pocas antigüedades griegas y romanas allí esparcidas; entre ellas dos grandes sarcófagos de pórfido muy hermosos coronados de una cruz, y otro de mármol blanco con sus bajos relieves sobre asuntos mitológicos en los que fácilmente se reconoce el cincel griego. Sigue la iglesia de Santa Irene convertida hoy en el Museo de Artillería; rico museo, y finalmente a la parte izquierda la mezquita de Ajmed.

"En medio de la plaza hay un obelisco de granito rosado de Egipto con sus jeroglíficos muy bien conservados, llamado el Obelisco de Teodosio; y a continuación a la misma línea, la mitad de una columna de bronce trunca figurando tres serpientes, tres boas enroscadas entre sí, y una columna de piedra gris de forma piramidal cubierta en un tiempo de láminas de reluciente bronce, lo que le valió el nombre de la pirámide tapiada.

"Doblamos a la derecha antes de llegar a la Moneda, y pasamos por una puerta al frente de un plátano colosal que no es sin embargo, el llamado de Los genízaros, y entramos en el museo de este nombre que es por el estilo del de Madame Taussaud en Londres, con la diferencia que las figuras no son de cera y que la ejecución es menos brillante.

"Estas figuras representan al mundo genízaro bajo todas sus fases, desde el gran personaje hasta el panadero del regimiento y el



Tophane

aguador, cada cual naturalmente vestido con su traje y atributos particulares: ¡Cuadro figurado de una generación que pasó! Separados en una vidriera se ven tres muchachos de una belleza y delicadeza tal, de un aspecto tan gracilis como diría Virgilio, que parece imposible que no pertenezcan al bello sexo. Eran los Antinóos del Sultán."

Las Aguas dulces

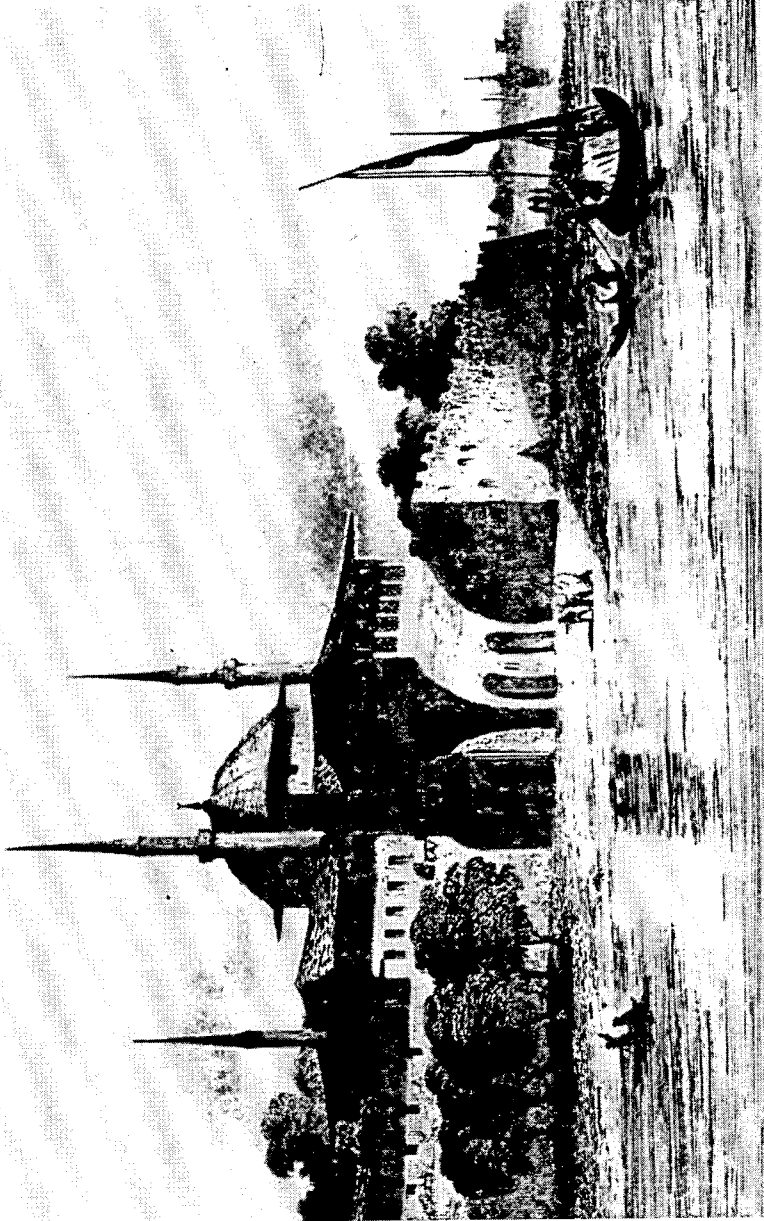
"El Agua dulce (Les eaux douces) de Europa, en oposición al otro paseo del mismo nombre en la costa de Asia es un paseo que nada debe al arte, un hijo de la naturaleza con sus calles polvorientas como las de cualquier camino trillado. Es una pradera situada entre varios cerros, con sus árboles esparcidos por diversos lados y a cuya sombra puede solazarse el paseante. Pero no hay una sombra general y uniforme como una alameda o selva. Lo que da un encanto inmenso a este paseo es lo variado, animado y original de su concurrencia; en lo demás al atravesarlo en un día ordinario se le tomaría por un sitio bonito, por un campo cualquiera, más no por un paseo público.

"Los días de fiesta y por consiguiente de concurrencia, son tres: viernes, sábado y domingo. El primero para los musulmanes, el segundo para los judíos y el tercero para los cristianos, y para los griegos y armenios, que a falta de domingo propio, se arriman al nuestro; como los súbditos italianos, españoles e hispano-americanos en Oriente, que no teniendo consulado propio las más de las veces en estas regiones, nos ponemos bajo la protección del francés. El viajero independiente y un tanto escéptico, aprovecha de esta triple fiesta sin preguntarse si acompaña al infiel, al judío o al cristiano.

"Es verdad que los habitantes del lugar hacen otro tanto; y si los europeos acuden en tropel y en traje de gala al Agua dulce los viernes, los domingos aun los mismos orientales tienen un aspecto dominguero, y acuden al paseo donde no forman la mayoría, como no lo forman los otros en los días viernes.

"Cuando se viene en caiq, al entrar en el paseo se navega ya por el poético riachuelo Barbises que desemboca en el fondo del Cuernito de Oro y es el que da nombre con sus dulces aguas al vallecito del Agua dulce. Por su angostura y mansedumbre parece un canal artificial de riego. Sus orillas rasas tapizadas de vegetación y aparentemente al nivel del agua, se hallaban ocupadas por musulmanes de ambos sexos y abigarrados trajes, que daban con esto a esas márgenes un aspecto animadísimo y encantador. Salvo la soledad que allí no reinaba este riachuelo me recordaba el Anapo de los desolados campos de Siracusa que había visitado pocos meses antes.

"La alegría que encontramos como toda la alegría inmoderada y vulgar, más que de descanso y desahogo para el espíritu, servía de fatiga y cansaba; porque lejos de observarse en ella esa compostura que los europeos no abandonan nunca aun en sus mayores expansiones cada cual se entregaba desenfrenadamente al placer que lo dominaba. Los jinetes lanzaban a escape sus caballos llenando de polvo a todo el mundo y atropellando al que descuidaba. Era una tarde de Amancaes en Lima por los días de



El pabellón de las perlas

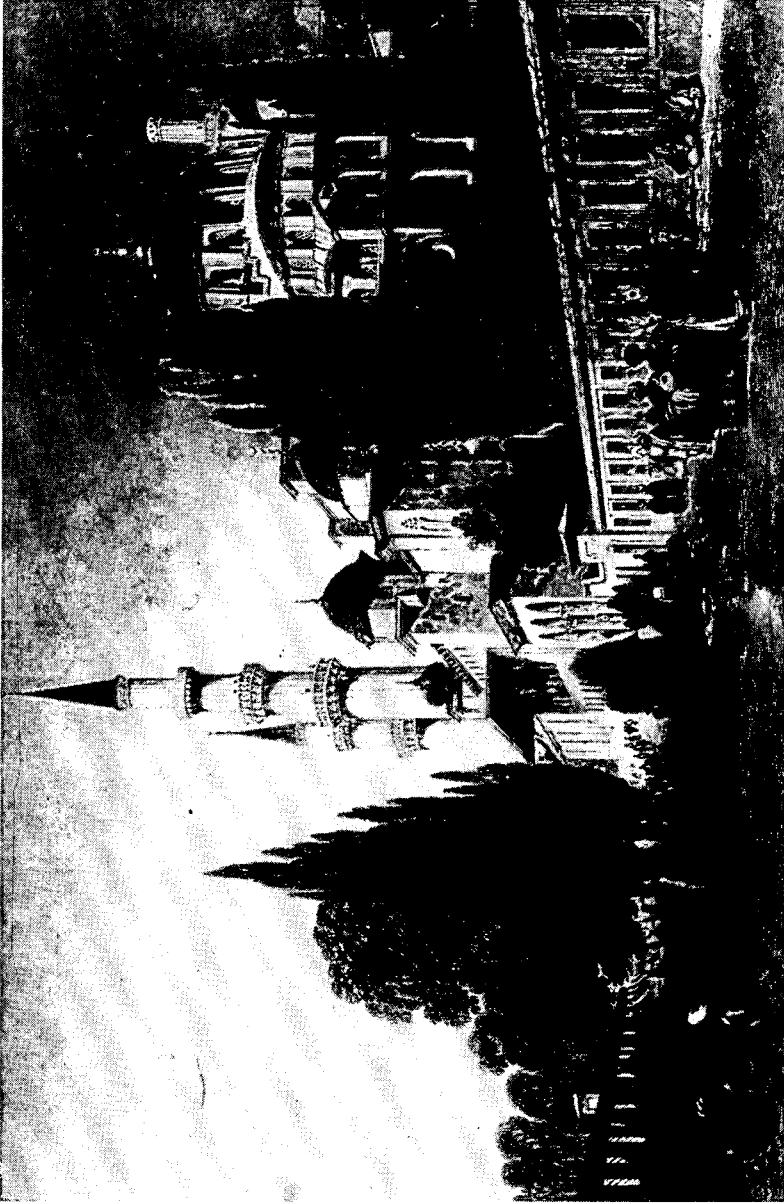
San Juan o una de esas públicas bacanales llamadas Noche Buena. Algunas vivanderas improvisadas bajo los árboles se habían llevado consigo entre otros trebejos, hasta jofaina, jabón y toalla, y de rato en rato se hacían a un lado a practicar un lavatorio de manos."

Las mujeres

"Al regresar a Estambul por la vía de tierra y por dirección opuesta a la que habíamos traído, comiéndose a trepar una larguísima cuesta, pelada y escarpada, desde cuya cima las damas turcas que han echado pie a tierra a la subida para aligerar sus pesados carros tirados por yuntas de bueyes y llamados talikas, las grandes damas de Estambul envueltas en sus mantos de seda ya de color de rosa, ya de verde, ya azul, presentan un golpe de vista aéreo y celestial al europeo que se encuentra abajo deslumbrado por el espectáculo y preguntándose: ¿es por ventura el coro de los ángeles escalonando las alturas del cielo?

"El misterio y retiro a que se condena a las mujeres en Oriente las rodea de una poesía y de un voluptuoso encanto que están muy lejos de poseer las nuestras con quienes tropezamos a cada paso aun en las circunstancias más desfavorables para la ilusión. Ya las vemos pálidas, desgredadas, con toda la máquina revuelta luchar a bordo con las angustias del mareo; ya coloradas y llenas de polvo destrozando con los dedos un pollo frío o un jamón en algunos de los buffets de las estaciones de ferrocarril; y cerrando el atracón con uno o más tragos de cognac para evitar que el hambre se endurezca y facilitar la digestión.

"Ora las encontramos en las grandes Tables d'hote de las fondas devorando en común en la larga mesa que parece pesebre corrido de caballeriza. Ora trepando una especie de fiebre (las inglesas) los escarpados escalones de la gran pirámide Egipto; ejercicio que debe dar a sus piernas una macicez y a sus pies una aspereza casi masculina.



Mezquita de Süleymaniye

"La mujer de esos climas naturalmente delicada por el género de vida que se le hace llevar desde que nace, lo parece más aún por el abandono desdeñoso en que la tiene el hombre, convirtiéndola por fuerza en un ser melancólico que parece cruzar por el mundo como una sombra errante en busca de protección. Por esto la acogida que dispensa al hombre, en quien debe ver un ser infinitamente fuerte, es más dulce, más tierna, más infantil y candorosa que la de nuestra, que con las guapezas referidas pierden todos aquellos temores y aprensiones que constituyen su mayor encanto para nosotros.

"El culto de la mujer por aquí es como una religión. Tiene su departamento, su templo, su odalik en turco, su gynceeo en griego; su harem como decimos nosotros, donde se evaporan entre flores y aguas olorosas. Cuando el vapor se siente hartado de la árida real, deja el mundo exterior saboreando ya misteriosas ilusiones y halagüeñas curiosidades; y penetra en el recinto especial del deleite, descalzándose al pie del estrado como si fuera al templo a orar.

"Para él todo lo que existe de la mujer es su perfume. Hasta las feas y hasta las viejas particularmente en Egipto, me han inspirado con el solo metal de su voz un afecto y una simpatía que no solían despertarme las más afeitadas parisienses. En Estambul hasta las viejas se indultan, porque las gasas que las rodean les comunican un aire infantil, gracioso tan angelical que materialmente echan un velo sobre sus caducos años."